

al pié de la cruz se forman los Santos. Pero, puesto que ¡oh María! son tan débiles nuestras fuerzas, y la más pequeña tentacion bastaría para hacernos perjuros, alcánzanos, Madre nuestra, la gracia de permanecer hasta el fin en tan santo propósito. ¡Dichosos nosotros, si ocultos en las llagas de Jesús y en tu materno corazon traspasado, aprendemos que la presente vida es una peregrinacion, en que el hombre ha de luchar y morir para renacer en la gloria del Cielo! Y lo obtendremos, María, si Tú nos acoges amorosa y benigna bajo el manto de tu poderosísima proteccion. Así SEA.

DIA VEINTE Y CUATRO.

LA HUIDA Á EGIPTO.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus, et fuge in Ægyptum.

Levántate, toma al niño, y á su madre, y huye á Egipto.

(MATTH. II, 13.)

Es una sentencia, hermanos míos, llena de profundísimas enseñanzas para instruccion del mundo, la que pronunció nuestro divino maestro Jesucristo cuando dijo: «Ninguno que despues de haber puesto su mano en el arado vuelve sus ojos atrás, es apto para el reino de Dios (1).» Esto significa, que no solo es necesario un firme propósito y una virtud varonil para sostener las fatigas y vencer las contradicciones que se encuentran por el camino de la verdad y de la justicia, que hace al hombre digno de Dios y merecedor del Cielo; sinó que la vida humana debe ser un continuo esfuerzo, y un sacrificio sin fin, para el que quiera alcanzar la corona. Justamente le fué impuesto al hombre este trabajo, ó más bien, él mismo se lo

(1) LUC. IX, 62.

buscó insensatamente, desviándose del camino de la justicia que le había señalado el Señor en el Jardin de la inocencia; pues que si á él se hubiese mantenido fiel, habría andado con tanta facilidad y satisfaccion de sí mismo, que donde ahora encuentra penas y fatigas, habría hallado su terrena felicidad, ordenada á la del Cielo. Y este es el motivo porque el mismo Salvador añadiera: «¡Oh cuán estrecha es la senda que conduce á la vida, y qué pocos son los que atinan con ella (1)!» No se crea, empero, que sea imposible marchar por ella hasta el fin; muy al contrario: para alentarnos, el mismo Hijo de Dios quiso precedernos con su ejemplo, y vestido de nuestra flaca naturaleza, llevando la cruz á cuestras, subió hasta la cumbre del Calvario, la cual para nosotros significa el colmo de la perfeccion; y no solo Él, sinó su dulce Madre, nos ofreció el mismo espectáculo y ejemplo. María, aunque pura y santa sobre todas las criaturas, y de una complexion delicadísima y de corazon tiernísimo, tuvo tambien que beber ántes que nosotros, y hasta el fondo, el cáliz de las tribulaciones y desventuras humanas; como lo veremos, en parte, esta noche, hablando del precipitado viaje á Egipto, que tuvo que emprender para salvar del furor de Herodes á su amado Jesús. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

María y José, como dijimos ayer, despues de la presentacion de Jesús al Templo, regresaron á su ciudad natal de Nazareth, pensando que en ella podrian vivir en paz. Empero, hermanos míos, los juicios de Dios son un abismo profundísimo: *Judicia Dei abissus multa* (2). Apenas habían trascurrido algunos dias de su regreso á la pátria, cuando un Angel se apareció en sueños á José, diciéndole: «Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, y estáte allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para matarle (3).» María, en aquel instante, dormía el sueño de los Angeles, cerca de la cuna de su Hijo; y ¡quién sabe en qué celestiales pensamientos vagaba su alma enamorada! José la despierta, le comunica el celestial mandato; hay que partir sin perder tiempo. ¡Figuraos, hermanos míos, la conmocion que debió sufrir su maternal corazon! Levantóse, pues, y estrechó á Jesús en su regazo, miétras tanto que José iba recogiendo como podía cuanto era estrictamente necesario para la partida; y luego de haber aparejado del mejor modo que pudo un jumento, dijo á su santa y dulce compañera que le siguiera.

(1) MATTH. VII, 14.

(2) PSALM. XXXV, 7.

(3) MATTH. II, 13.

¡Durísima prueba era esta, especialmente para María! Empezar de noche un viaje tal por regiones del todo desconocidas y desiertas; montes, valles, y precipicios, frecuentados tan solo por bárbaros saqueadores, que tenían allí su morada (1); repito, que fué esta una prueba tan dura, que tal vez hasta algunos hombres intrépidos se habrían preguntado, si debía someterlos á ella la Providencia que gobierna el universo. Empero, ¿qué dijiste, Tú, oh dulce María? ¡Ah! nuestra santísima Madre, aún conmovida y agitada, no profirió una sola queja ni un solo lamento, sino que siguió á su fiel esposo, plenamente resignada á los decretos del Cielo! ¡Qué ejemplo para nosotros, hermanos míos, que en cualquier contratiempo levantamos la voz contra el Señor, acusándole de parcial, ó de no cuidar especialmente de la suerte de los hombres justos y virtuosos! Sin embargo, casi siempre lo que nos ordena, y las pruebas que de nosotros exige, son: primero, romper los lazos del pecado, ruina del alma y del cuerpo; despues, poner freno á nuestras pasiones, regulándolas al imperio de la razon alumbrada por la fé; y, en fin, cuando experimentamos alguna tribulacion, recordar que Él la ha dispuesto para que nos apartemos del mal, ó cobremos aliento para emprender la vida del espíritu, y más que como hombres, vivamos como Angeles del cielo, identificados con Cristo Jesús, el hombre por excelencia del dolor.

Puestos ya los dos santos esposos en el camino de la persecucion, se abandonaron enteramente á las disposiciones de la Providencia. Y ahora ¿quién sabría ó podría decirnos, cuanto tuvo que padecer la Sagrada Familia en este viaje? La estacion era muy fría; los caminos quebrados y ásperos, encontrándose desiertas cuevas, y escondrijos ocupados, ordinariamente, por ladrones, que en aquellos dias infestaban el país que recorrían, hasta infundir pavor aún á los hombres más intrépidos(2); por consiguiente, imaginad las ansias del corazon, especialmente de la Virgen, que estrechaba á su hijo Jesús entre los brazos! Así es, que desde aquellos primeros instantes dieron principio y auguraron las escenas del gran drama de la Redencion humana, que debía consumarse á no tardar. ¡Obra de infinita caridad, á la cual jamás podremos corresponder con el amor que exige tal beneficio; y, sin embargo, la olvidamos con harta frecuencia! Pero, prosigamos. Andando los santos peregrinos, despues de mil riesgos é incomodidades, llegaron, finalmente, más allá de los alrededores de Jerusalem. Pero no solo no cesaron aquí los peligros, sino que empezaron á ser mayores y más difíciles de evitar. ¿Y

(1) Giusep. Flavio, *De Bello Jud.*, lib. II.

(2) IDEM, *ibid.*

qué camino emprendieron como más seguro? Sin duda no emprendieron ninguno de los que conducían á las ciudades y á los arrabales populosos, porque todas las avenidas y encrucijadas estaban infestadas de espías de Herodes, que á toda costa quería muerto al Niño nacido en Belen. Por lo tanto, internáronse en las escabrosidades de los montes, y atravesaron barrancos llenos de toda suerte de peligros; mas ¿cómo poder procurarse allí el necesario sustento para la vida (1)? Era natural, humanamente hablando, que tuvieran un triste presentimiento del hambre, del frío y de imprevistos sobresaltos, como David en medio de los desiertos de Faran, cuando Saul le perseguía para cortarle la cabeza ¡Oh mundo desventurado, que consideras cosa vil el misterio de la cruz! medita sobre los primeros tiempos de la vida del Hijo de la gloria, y reflexiona si la tuya regalada y licenciosa puede agradar á Dios, que con tantos padecimientos vino á redimirte y salvarte!

Como Dios se lo había inspirado, emprendiendo el camino que les pareció ménos peligroso, atravesaron Anatot, desde donde para no encontrarse con los sátelites, que sin duda no faltaban allí, volvieron hácia Ramla, de donde bajaron á las llanuras de Siria. Escuchad, empero, hermanos míos, el terrible acontecimiento de que la tradicion nos ha conservado memoria, y aún señala el sitio que todavía se enseña á los piadosos viajeros de la Palestina. Caminando en silencio Jesús y María, como requería el caso, salieron de improviso de una caverna una bandada de salvajes, que detuvo sus pasos. Solo un corazon de madre puede imaginar y considerar lo que en aquel instante debió sentir María estrechando á Jesús en su regazo! ¡Ni pudo ménos de asustarse el ánimo, aunque viril, de José! Eran ladrones acostumbrados á todo género de delitos, que no les habrían perdonado la vida, si su jefe, sorprendido de un no sé qué de divino que le pareció descubrir en el rostro de la Madre de Dios, no les hubiera detenido, dejando libre el paso á la Sagrada Familia. ¡Oh Virgen amabilísima! pasó, es verdad, aquel terrible instante; pero ¿quién podría explicar lo que pasó en tu corazon? Y no obstante, hermanos míos, sabiendo nosotros estas y otras infinitas injurias que sufrió por amor nuestro, no hacemos el menor caso, ni tememos ultrajarla y vilipendiarla con frecuencia, hasta con horribles y satánicas blasfemias. La misma tradicion nos dice, que aquel jefe de bandoleros que tuvo piedad de María, fué el famoso ladrón crucificado más tarde con su Hijo en el Calvario, y que habiéndole Élla reconocido, inter-

(1) San Bonavent. *De vita Christi.*

cedió por su conversión, y así tuvo la dicha de oír de la boca de Jesús: « ¡Hoy estarás conmigo en el Paraíso! »

Pasado el peligro, los dos santos esposos prosiguieron con Jesús su camino; pero fácil es comprender, que á cada murmullo de las hojas, al menor ruido de las pisadas de algun animal, y á cada soplido de viento, no podía ménos de renovárseles el terror! Llegado que hubieron, finalmente, á la llanura de Ramla, los peligros, en gran parte, disminuyeron, pues pudieron juntarse á una caravana cualquiera, y seguir con ella el camino de Egipto. ¡ Oh ! cuán reconocidos se mostrarían por ello al Cielo ! Con cuánta ternura de afecto divino estrecharía la Virgen contra su pecho á su dulce Jesús, le cubriría de ardientes besos, miéntras con todo el afecto de su alma le adoraba ! Con todo, las penalidades del viaje no habían aquí concluido. Partiendo de la llanura de Ramla para ir á Egipto, era necesario atravesar un inmenso desierto, donde no se encuentra rastro alguno de vegetación, excepto alguna hebra de arica, yerba selvática que despunta aquí y allá en los montículos de arena formados por el viento; ni agua para beber, sinó algun charco de agua salobre, sobre el cual, al llegar la caravana, se arrojan los más fuertes y ricos que la componen, con sus esclavos y camellos, y agotándolo, no queda para los pobres sinó un poco de agua arcillosa, que han de coger con la mano. Tal vez aquella agua sucia fué el único alivio de la Madre de Dios, y del padre putativo de Jesucristo. ¡ Ah ! y á nosotros, cristianos, se nos hace dura la observancia de los preceptos de la Iglesia, la cual, en beneficio nuestro, nos prohíbe el uso de las carnes en tales ó cuales días del año, y nos obliga á otras saludables mortificaciones para llamarnos á penitencia; á aquella penitencia, que por dejar el espíritu en su mayor libertad, es hasta no poco provechosa para la salud del cuerpo ! ¿ Qué será, pues, de nosotros, asegurándonos el Salvador, que sin la penitencia no hay que esperar salvación (1) ?

Después de haber andado algunos días más á través de aquella inmensa soledad, José y María llegaron, por último, á los confines de Egipto, antigua cuna de todas las idolatrías; y luego vieron magníficos obeliscos de encarnado granito, templos con relucientes cúpulas, pirámides colosales, y jardines colgantes que parecían islas, en medio de un río providencial que riega el país por todos lados. La santa pareja no pudo dudar que este país era más rico, poblado y lleno de comercio é industrias que su tierra natal; pero,

(1) Orsini, *La Vergine*, etc., tom. I, cap. XIII.

era tierra de destierro, y, por consiguiente, de dolor. Adoraron, sin embargo, como lo practicaban siempre, los decretos del Cielo, al cual dieron gracias, no solo por haberles salvado de tantos peligros como habían corrido, sinó tambien por haberles concedido segura y deliciosa hospitalidad en aquella fértil y encantadora region. Aquí es donde determinaron detenerse; y fué propiamente en Eliópolis, que significa ciudad del Sol; y tal vez Dios, con este nombre, quiso dar á ellos, y después á nosotros, una prueba de su altísima é infinita sabiduría, que de tal suerte ha ordenado los grandes é insignificantes acontecimientos de la historia, que hasta el nombre de un lugar, ó de una cosa cualquiera, forma un conjunto que tiende á presentarnos como verdadero y por todas partes esplendoroso el misterio de su misericordia. En Eliópolis, ciudad del Sol, lanza los primeros rayos de su divinidad el eterno Sol de justicia, que vino á comunicar nueva vida al mundo!

Tal vez deseariais saber aquí, por qué la Sagrada Familia no prefirió huir por el camino de los Magos, por los desiertos de la Arabia, hácia Levante, donde seguramente habría hallado más cómodo albergue y afectuoso recibimiento. La respuesta es obvia: porque el Angel del Señor les señaló el camino de Egipto, y no otro; y ella debía obedecer las órdenes del Cielo. ¿ Por qué la envió el Cielo por éste y no por el otro camino ? ¡ Oh ! admirad cada vez más, hermanos míos, la infinita sabiduría de Dios, y la divinidad de nuestra Religion ! Ciertamente habría hallado amorosísimo asilo entre los hijos de Jafet, después que una gente tan principal de aquella estirpe, los Magos, había ido de tan léjos á reconocer y adorar al Niño que á la sazón Herodes buscaba bárbaramente para matarle. ¿ Por qué, pues, enviarla Dios á Egipto ? ¿ No lo sabeis ? Porque de otra suerte habría quedado privada la descendencia de Cam del conocimiento del nacido Salvador. Jesús había nacido entre los descendientes de Sem, y los pastores le habían adorado; una Estrella milagrosa le había revelado á los de Jafet, y tambien ellos habían ido á adorarle. Faltaba la tercera rama de la familia de Noé, de quien todos descendemos después del diluvio; rama embrutecida por la superstición y los placeres sensuales; y Jesús, para inaugurar por este lado la recomposición de la unidad humana, va á buscar aquella rama y á unirse á los hijos de Cam con el vínculo de la gratitud por la hospitalidad que recibirá de ellos. ¿ Qué respondeis, hermanos míos, á esta sabiduría celestial ? ¿ No la veis resplandecer con una luz tan brillante que aún los más obcecados quedan iluminados ? ¡ Ah ! postrémonos para adorar esta sabiduría divina, que tan milagrosamente empieza la obra de la Redención universal !

Miéntras tanto, reposa ¡oh Sagrada Familia! que harto lo necesitas, al cabo de tan largo y fatigado viaje, en el cual corraste tantos peligros, padeciste tantos sobresaltos y tantas ansias, que hicieron tan penoso tu camino. ¡Oh Jesús, José y María! qué ejemplo nos disteis de sublime resignacion á los decretos del Cielo! Vosotros os mostrasteis humildes en medio de tantas tribulaciones, aunque santos é inocentes; y nosotros no queremos oír ni aún el nombre de padecimiento, despues de haber ultrajado mil veces la infinita bondad de Dios nuestro buen Padre, y merecido, no solo sus castigos saludables sobre esta tierra, si que tambien los tormentos eternos del Infierno. ¡Ah! y ¿cuándo comprenderemos, que no hay uno solo de nuestros padecimientos, que no esté ordenado á castigar aquellas culpas con que nos mostramos tan descorteses é ingratos para con nuestro Criador y Redentor; culpas que debe satisfacer con rigorosísima penitencia el que un dia quiera participar de vuestra gloria? ¡Ah! dignaos, Jesús, José y María, hacernos comprender esta solemne verdad, para que nuestra alma, uniéndose á vuestro sacrificio, y vuestro llanto, mezclándose con el nuestro, y vuestros suspiros con los nuestros, seamos de tal modo dignos de vuestra gracia en esta vida, que nos conduzca á la eterna bienaventuranza en la otra. Así SEA.

DIA VEINTE Y CINCO.

LA PERMANENCIA Y LA VUELTA DE EGIPTO.

Et erat ibi usque ad obitum Herodis.

Y se mantuvo en Egipto hasta la muerte de Herodes.

(MATTH. II, 25.)

Escrito estaba, y por cierto con profunda sabiduría, que en la historia del pueblo hebreo encerró Dios la de todo el género humano. Púsose aquél en camino para la conquista de la tierra de promision, tierra que le había sido prometida con certeza por el cielo; pero á condicion, de que se apoderase de ella, despues de haber atravesado inmensos desiertos, sostenido reñidos é interminables combates contra una multitud de pueblos que había de encontrar por el camino, y que le disputarian el paso. No faltaron algunos momentos de tregua; pero, para entrar otra vez en nuevas y más sangrientas luchas, penas y sudores, hasta poner triunfalmente el pié en la misma. Esta es la vida del hombre justo sobre la tierra, á quien le fué prometida la felicidad del Cielo; pero, á condicion, de que se haga merecedor de ella, combatiendo siempre contra las pasiones de su corazon; siendo vana toda esperanza de corona, hasta que, sostenida y librada la última lucha de la muerte, despliegue gloriosamente el estandarte de la victoria en las orillas de la eternidad. ¡Y no es esta la vida de los Santos, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, cualquiera que haya sido su condicion y la mision á que les destinara el Cielo? Contemplad á los Apóstoles, á las Vírgenes, á los Confesores y á los mismos Solitarios de la Tebaida, y solo hallareis soldados para combatir en las batallas del Señor contra las fuerzas de la carne, de la sangre, ó del Infierno; enemigos implacables, que si permiten algun instante de reposo, es solo con el objeto de emprender con mayor